

El Rey Don Pedro el Cruel
Tragedia en Cuatro Actos por Santiago Sevilla
Dramatis Personae

1. Alfonso XI Rey de Castilla Padre de Pedro el Cruel
2. Pedro I el Cruel Rey de Castilla
3. Enrique II de Trastámara Hermano Bastardo de Pedro el Cruel
4. Pedro IV El Ceremonioso Rey de Aragón
5. Carlos V Rey de Francia
6. María de Portugal Reina Madre de Pedro el Cruel
7. Eduardo Príncipe de Gales Hijo de Eduardo III de Inglaterra
8. Bertrand du Guesclin (Mosén Beltrán) Condestable de Francia
9. Blanca de Borbón Princesa de Francia Esposa de Pedro el Cruel
10. María de Padilla Amada y Esposa de Pedro el Cruel
11. Don Tello Señor de Vizcaya
12. Don Fadrique Maestre de Santiago, Señor de Haro
13. Don Sancho Señor de Briones y Conde de Alburquerque
14. Leonor de Guzmán Ponce de León Amante de Alfonso XI
Madre de Enrique II, de Don Tello, de Don Fadrique
15. Don Juan Alfonso de Alburquerque Ayo del Rey Pedro
16. Fernán Ruiz de Castro III Conde de Lemos Alférez Mayor del
Rey Pedro, Hermano de Juana de Castro
17. Juana de Castro Señora de Dueñas, Consorte de Pedro el
Cruel
18. El Papa Inocencio VI
19. Juan Pérez de Rebolledo Balletero
20. Bègue de Vilaines Capitán Francés
21. El Alcaide de Talavera
22. María Coronel Esposa de Juan Alfonso de la Cerda
23. Mensajero
24. Pastorcito
25. Coro de Soldados, Coro de Burgaleses, Coro de Cariñenos.

El Rey Don Pedro el Cruel
Primer Acto Escena Primera
Muerte del Rey Alfonso XI
Campamento de Alfonso XI ante la roca de Gibraltar, donde se han refugiado los moros.

Alfonso XI

Hemos tomado Algeciras,
mas nos falta Gibraltar.
La gran roca hay que rodear.
Aire de mar que respiras,
y el pronto triunfo a que aspiras,
te ponen a jubilar.
¡A una, todos, trabajar!
Demos fin a esta campaña.
¡Oh Santiago! ¡Cierra España,
los moros hunde en la mar!

Mensajero

¡Malas nuevas hay señor!
La peste negra ya asola
toda la costa española,
con la muerte y el dolor.
¡Marcharse fuera mejor!

Alfonso XI

Nuestro católico Dios,
por cuatro generaciones,
comanda nuestras legiones
del último triunfo en pos,
que lograrlo, toca a nos.
Ni muerte, ni enfermedad,
han de arredrarme en verdad.
Sobre esta soberbia roca,
¡Victoria! grite mi boca
y lo oiga la humanidad...

Coro de Soldados

Uno ya de cada tres
se desploma y cae muerto.
Mil tumbas hemos abierto,
de esta gran roca a los pies,
¿La pestilencia no ves?
No morimos en batalla,
y nuestra cota de malla,
nos falla ante la saeta
con que Peste nos aquieta
y en la muerte nos encalla....

Alfonso XI

Ánimo, buenos soldados,
muerte tala por doquier:
¡Mañana, si no fue ayer!
Ni escondidos, ni ocultados,
de Ella somos preservados.
Sin dar el brazo a torcer,
cumplamos nuestro deber
y si nos toca morir,
véanos Dios sonreír,
pues pronto le hemos de ver.

Mensajero

Doña Leonor de Guzmán
os envía esta misiva:
¡Lea yo lo que ella escriba!:
“Bendiga Dios vuestro pan,
para vos mis besos van.
Vuestros hijos os extrañan,
lágrimas sus rostros bañan
y mis pupilas empañan
de veros, en el afán.
Por pronto teneros, muere
la que en el mundo os más quiere,
vuestra Leonor de Guzmán.”

Y con el mismo tenor,
esta carta majestuosa,
os escribe vuestra esposa:

“Don Alfonso, mi Señor,
vaya esta fe de mi amor.
Don Pedro vuestro heredero,
por vuestro bien duradero,
hace votos ante Dios:
¡Héroes como vos, no hay dos!
Venid pronto que os espero
en nuestro lecho nupcial,
María de Portugal.”

Alfonso XI

¡Mensajero majadero,
quieres reírte de mí!
Las cartas hablan por sí:
A las mujeres que quiero,
la cruda guerra prefiero,
que me tiene preso aquí.
Muy poco a mis hijos vi.
¡La simiente del encono,
desde la cuna, su abono,
entre ellos, ya esparcí!

El rey se retira a su tienda de campaña, bebe un vaso de vino y de pronto, mientras se observa ante un espejo, exclama:

Me siento, de pronto, mal.
Hinchadas tengo unas bubas,
que cuelgan, racimos de uvas,
de mí, su parra fatal.
¡Dios, ya quieres mi final!
El tiempo que yo he vivido,
a mi modo te he servido
y hoy me mandas terminar...
¡Rey me hiciste! Agradecido,

tu cruz yo quiero besar...

El rey Alfonso XI se reclina sobre su espada, besa la cruz,, cae de hinojos, agoniza y muere.

Coro de Soldados

Uno ya, de cada tres,
se desploma y cae muerto.
Ya nuestro rey yace yerto
de esta gran roca a los pies.
¿La pestilencia ya ves?
No muriera en la batalla,
ni su áurea cota de malla
pudo parar la saeta,
que la Peste no le meta,
tras de su negra muralla...

Escena Segunda

La Venganza de María de Portugal

En el Castillo de Tordesillas

Doña Maria de Portugal Reina Madre de Castilla

¡Muerto el rey, que viva el rey!
España toda es tu grey.
Pedro, valiente hijo mío,
bajo tu libre albedrío,
se hará y deshará la ley.
De vidas, dueño y señor,
de Castilla, propietario,
de los Guzmanes, osario,
de venganza en el furor,
pido seas constructor.
Ruegote que a Doña Leonor,
de tu padre, la manceba,
la mala Eva en que se ceba,
muera pagando en dolor,

la cosecha de su amor.
Para hundirla en el olvido,
que la ajusticies, te pido.
¡Cuánta fue mi humillación,
tu amarga marginación,
Pedro, mi hijo querido!

Pedro el Cruel

Me lees el pensamiento,
adorada madre mía.
La venganza es cosa mía.
Némesis, en mi aliento,
sopla su gélido viento.
Pronto esa infame Eleanor
ha de sufrir mi rencor.
Y uno a uno, los Guzmanes,
he de aperrear con mis canes,
te lo juro, por mi honor.

María de Portugal abraza y besa a su hijo Don Pedro el Cruel.

Escena Tercera

Muerte de Leonor de Guzmán

Cerca de Bienvenida, en los campos de Llerena

Don Fadrique

¡Madre, que horrenda sorpresa,
los del rey, te llevan presa!
Dios te de su bendición
rezo por tu salvación,
¡Mi boca tus manos besa!

Doña Leonor de Guzmán

Estoy perdida, hijo mío,
me llevan a Talavera,
donde la muerte me espera.
Fuese mi amor del estío,

y fatal, me viene el frío.
Mis besos a tus hermanos...
¡Basta de sollozos vanos!
Huid todos hacia Francia,
que de mataros tiene ansia,
Pedro, con sus propias manos.

NARRADOR: Los soldados de Pedro el Cruel los separan y se llevan a Doña Leonor de Guzmán a su condena. Cuando por fin llegan a Talavera se cumplen las órdenes del Rey Don Pedro el Cruel:

El Alcaide de Talavera

María de Portugal
manda a mataros, señora.
¡Os ha llegado la hora!
No me lo toméis a mal,
pero os debo ser brutal:
Primero van a aporrearos,
ahorcaros, degollaros,
y quemaros en su orden;
quienes ahora os aborden,
así van a ajusticiaros.

Doña Leonor de Guzmán

Que mi final sea breve,
humilde le ruego a Dios.
Muerte es una, no son dos,
ni tres, ni cinco, ni nueve.
Tu amenaza no me mueve,
Alcaide de Talavera.
Abreviemos pues la espera.
Mi vida fue muy feliz,
así agacho la cerviz
y ¡hágase lo que Dios quiera!

Los verdugos matan a Doña Leonor de Guzmán.

Escena Cuarta

Burla de Don Pedro el Cruel contra Doña Blanca de Borbón

En el Alcázar de Toledo

María de Portugal Reina Madre de Castilla

Rey Pedro, debes casarte
con una rica princesa,
de renombrada belleza.
Flor de Lis en tu estandarte
quisiera recomendarte:
Fuera ventajosa unión
Doña Blanca de Borbón;
sobrina del rey de Francia,
es nobleza, la más rancia
y enemiga de Aragón.

Pedro el Cruel

¡Señora, no me atormentes!
Me gustan las sevillanas,
sonríen en sus ventanas,
azahares florecientes,
de madre perla, sus dientes.
La más bella de Sevilla
es María de Padilla,
para ella es mi corazón.
¡Doña Blanca de Borbón
vista santos en su villa!

María de Portugal Reina Madre de Castilla

Clemente, el Santo Padre,
te pide desde Aviñón,
que aceptes su sugestión.
¡De Europa, el entero mapa,
pondrías bajo tu capa!
Navarra y el Rosillón
y el alevoso Aragón
tendrías apercollados,
rodeados y amenazados,

y del Papa, protección...

Pedro el Cruel

Madre, tu sabiduría,
si la dote es colosal,
se imponga, acepto al final.
A Blanca darle podría
ciudades, en señoría.
Que la acompañe Fadrique
y los caminos le indique;
de Aviñón a Toledo.
Campana esperando quedo,
que a su llegada, repique.

*Transcurre el tiempo y se escuchan repicar al arrebatado
campanas ante la llegada de Doña Blanca, la princesa de
Francia, a Medina del Campo, donde, al momento, se
encuentra el rey.*

Pedro el Cruel

¡Doña Blanca, bienvenida!
Vuestro viaje, ¿cómo fue?
Dios felicidad os de.
Vuestra dote prometida,
hasta ahora no se ve...

Blanca de Borbón

Largo el viaje fue, Señor.
De los muchos señoríos,
que ofrecisteis fueren míos,
sois, Don Pedro, aún deudor.
¿Es esa prueba de amor?

Pedro el Cruel

Mirad, somos tal por cual:
Vos me debéis y yo os debo,
somos anzuelos sin cebo,
vamos de peor a mal.

¡Sois un salero sin sal!

Blanca de Borbón

Se que tenéis otro amor
que os alegra y acosquilla:
¡La María de Padilla!
Pues yo, en cambio, amo a Fadrique,
mal acicate, que os pique.
¡Cuaráos de la arrogancia,
con que le afrentáis a Francia,
porque aunque yo os valga nada,
por ella he de ser vengada,
en la postrimera instancia!

Pedro el Cruel

Si tan mal está la cosa,
lo que nos haría un par,
más vale no consumir.
¡Holgaos señora hermosa,
intocada vais, mimosa!

Doña Blanca de Borbón

Vuestra palabra de honor
es notoria prostituta:
¡Sólo la paga le inmuta!
¡De vuestra madre, el amor,
sea mi fiel protector!

Pedro el Cruel

Quedáis bajo su tutela.
Nuestra boda se congela,
hasta momento mejor,
o acaso hasta uno peor,
se termina y se cancela.

Al salir el rey Pedro el Cruel ordena a sus privados :

¡Vaya a Medina Sidonia,

ella, desde ésta Medina,
que en aquella se termina
matrimonio ceremonia,
que la vida me endemonia!
Juan Pérez de Rebolledo,
seguirla debes muy quedo.
Tu oficio de balletero,
de Castilla, el más certero,
si quiero, emplearlo puedo...

Segundo Acto

Escena Quinta

Amor de Don Pedro I por María de Padilla

Don Pedro va de inmediato a visitar a su amante Doña María de Padilla en su palacio....

María de Padilla

Por fin llegas, Pedro amado,
ya te creí bien casado
y que Blanca de Borbón
dueña es de tu corazón.
¿Por qué pronto has regresado?

Pedro el Cruel

Los reyes, cara María,
al reino en condescendencia,
casamos por conveniencia.
Del vero amor nos desvía,
zafia, la sabiduría.
Este matrimonio tranza
con la gran Francia una alianza.
Pero María te juro,
que por ti mi amor es puro,
sin traición, ni desconfianza.

Doña Blanca he confinado.
La boda no he consumado.

Es que por pasión a ti,
el compromiso incumplí,
que ante el Papa había jurado.
En premio dame tus besos.
En ti que mis labios pose,
tus senos con ellos roce
deja y que en mil embelesos
enajene en ti mis sesos.

María de Padilla

Hasta blanqueen mis huesos,
mi amor por ti nunca acaba.
No pierdas saliva y baba,
en tan amorosos rezos,
pues te doy los besos esos.
Eres el Guadalquivir
Yo, Sevilla, te abro pasos.
Ven te ahogo entre mis brazos,
preso en mis celosos lazos,
Pedro vas a sucumbir.

Don Pedro y su queridísima María de Padilla se aman con pasión...

Escena Sexta

**Caída del valido de la reina y Ayo del rey Don Pedro,
Don Juan Alfonso de Alburquerque**

María de Portugal Reina Madre de Castilla

Mi hijo Pedro es rey bravío,
que mi consejo no escucha:
Contra el mundo entero lucha
en salvaje desvarío;
corre y salta como el río
que de la montaña baja.
Es caballo de su maja,
quien suelta rienda a su brío.

Que pronto cerréis, confío,
de esta Pandora, la caja.

Juan Alfonso de Alburquerque

A la Sevillana adora
vuestro hijo, gran Señora.
Deshonra su matrimonio,
cae en manos del demonio,
que en aquella moza mora.
A Doña Blanca, Toledo,
como a su reina proclama,
toda la nobleza la ama.
Por Don Pedro tengo miedo,
pues protegerlo no puedo...

María de Portugal Reina Madre de Castilla

Francia y el Papa condenan
su desprecio a Doña Blanca.
La diplomacia se atranca,
los súbditos se enajenan
y quienes lo quieren, penan
ante tan loca pasión.
Decidme Alfonso, qué acción
vuestro juicio recomienda,
por ver si es que tiene enmienda,
esta horrible agravación.

Juan Alfonso de Alburquerque

Reina mía, reducirlo,
hasta acaso conducirlo,
me atrevo a recomendar;
aunque puédame costar,
el que me mande a matar!

De improviso entra el rey Don Pedro

Pedro el Cruel

Ayo mío, gran señor,

y María, madre mía,
bendigo este hermoso día,
en que Dios me hizo un favor:
En Toledo vencedor
de mis contrarios he sido.
Los nobles he sometido,
que por Francia, eran traidores.
Mi justicia, a los peores,
degüelle les ha impartido.

Celebremos en conjunto!
Os convido a un gran almuerzo,
que al cabo del gran esfuerzo,
solucionado el asunto,
del festejo, llega el punto!
Don Alfonso, bebed vino,
que brindemos os conmino:
¡Por el triunfo de Toledo,
la valentía y denuedo,
con que empino mi camino!

Juan Alfonso de Alburquerque

Por vuestra fuerza y virtud,
mi rey, a vuestra salud,
esta roja copa apuro,
que, en algo, sabe a cianuro
y me manda al ataúd...
Don Pedro el Cruel, os auguro:
¡Que yo, tendréis peor suerte:
Puñal daráos muerte!
Pende en rincón oscuro,
vuestra cabeza, de un muro...

*Juan Alfonso de Alburquerque, señor de Saldaña, Ayo del rey,
ante el espanto de la reina María, cae muerto envenenado.*

Escena Séptima

Matrimonio del Rey Pedro I con Doña Juana de Castro

En el Condado de Lemos

Fernán Ruiz de Castro

Rey Pedro, sed bienvenido,
en ésta, vuestra encomienda,
hoy, mi castillo y vivienda,
que a vos, de guerras sufrido,
grato sea trono y nido.
La que ves, mi dulce hermana,
a vuestros pies, Doña Juana,
siendo tan joven, ya es viuda,
sin amparo y sin ayuda,
en edad tierna y temprana.

Pedro el Cruel

Bella estrella de la aurora,
Levantaos, fina señora!
A vos, todo caballero,
serviros debe sincero.
Veréis venturosa hora:
Igual que a la hermosa Oriana
ha de amaros, Doña Juana,
otro Amadís de Gaula,
y volaréis de esta jaula,
como reina y soberana.

NARRADOR: Don Fernán Ruiz de Castro, Conde de Lemos, ofrece al rey un banquete con música y canto; bailarines y bailarinas alegran la sala del homenaje, hay fuego en el hogar y el lugar es un jolgorio. De pronto Don Fernán apura su copa y pide al rey licencia para retirarse, como lo hacen los demás presentes, con excepción de Doña Juana de Castro que sigue departiendo con el rey, a quien se ha preparado un gran lecho.

Pedro el Cruel

La luna en el firmamento,
la media noche señala.

Los cirios en esta sala,
expiran su último aliento.
De velar no es momento.
Dadme vuestra mano suave,
nívea y tibia como un ave.
Dejad que os lleve al lecho
y os revele que en mi pecho,
mi amor por vos no cabe.

Juana de Castro

Libre soy de ir con vos.
El timbre de vuestra voz
toca el arpa en mis entrañas.
Mis manos son cual arañas,
que a enredaros van, las dos.

El rey Don Pedro y Juana de Castro, enamorados entre si, se abrazan, se besan largamente y se acuestan juntos para amarse. Al amanecer, aparece Don Fernán Ruiz de Castro y el rey le enfrenta:

Pedro el Cruel

Caro amigo, Don Fernán,
debo pedir os favor.
Saeteado por Amor,
tengo concebido un plan:
Por Doña Juana es mi afán.
Pues me parece muy bella,
quiero casarme con ella,
y nulo declárese enlace,
que con Blanca yo me case,
pues por Francia hace querella.

De Ávila y de Salamanca
los obispos, contra Blanca
proclamen la nulidad,
y de ese acto, en unidad,
mi casorio celebrad.

Queriéndola mucho honrar
a Doña Juana he de dar,
de Dueñas, el Señorío
y otros dones con que avío
esta unión ante el altar.

Fernán Ruiz de Castro

Honor tan mancillado,
creo así ver salvado.
Juana, Juana, loca hermana,
de la noche a la mañana,
en reina te has coronado.
No seas nunca burlada,
ni te llamen desamada,
yo le pido a nuestro Dios.
Don Pedro, mi rey sois vos,
vuestra palabra es sagrada.

NARRADOR: El Rey Don Pedro el Cruel logra la nulidad de su matrimonio con Doña Blanca de Borbón por dictamen de los obispos de Ávila y de Salamanca y contrae nupcias con Doña Juana de Castro, a quien abandona al poco tiempo, enajenado al saber que su amante María de Padilla a dado a luz una hija suya y que quiere internarse en un convento, sabiéndose olvidada por el rey.

Escena Octava

Muerte del Maestre de Santiago

En el Alcázar de Sevilla

Narrador: Es el seis de Enero, día de reyes, y el rey Pedro celebra una fiesta. En medio del júbilo de la corte, él hace un aparte con María de Padilla...

Pedro el Cruel

Querida María mía,
hoy de Reyes es el día.
Tu aguinaldo no has pedido

lo que quieras, concedido,
te lo prometo a porfía.
Si las estrellas del cielo,
a cobrártelas yo vuelo,
si perlas del hondo mar,
buceando irélas buscar.
¿Cual es entonces tu anhelo?

María de Padilla

Aunque me humille a implorar
lo que pido no has de dar:
Quiero en fuente, la cabeza
del que burla mi nobleza
y puta suéleme llamar:
Es él tu bastardo hermano,
que de tu novia echó mano
cuando la trajo de Francia.
Pues de venganza tengo ansia,
tú me la vas a negar?

Pedro el Cruel

¿Al Maestre de Santiago
debo ahora degollar?
Si con ello tu ira apago
y sus ofensas deshago,
pues lo voy a condenar.
Sin espera, ni demoro,
en una fuente de oro
he de brindarte su testa.
Su traición fue funesta;
Razón tienes, no lo ignoro.

María de Padilla

Ven a mis brazos, amor,
mi campeón y vengador.
Si soy madre de tus hijas
que para reinas elijas,
debo preservar mi honor.

NARRADOR: El Rey Pedro se sienta luego bajo una pérgola cubierta de una enredadera florida. Con él se encuentran algunos guardias armados. Don Fadrique, llamado por Don Pedro, se acerca ante el rey para saludarlo con una profunda reverencia.

Pedro el Cruel

Aquí llega el paladín
que a Blanca, “virgen” trajera,
desde francesa frontera
y, en tan viajero trajín,
¡A virginidad dio fin!
Don Fadrique, ¿cómo fue
que burlaste así mi fe?
Tu verdugo ya se apresta
a sopesar tu respuesta.
Di: ¿Traidor te encontré?

Fadrique

Mentira es, rey y señor,
intriga y falso rumor!
Cumplí como caballero
casto, decente y vero,
mi cargo de protector!
Siendo vuestro buen hermano,
nunca de Blanca eché mano
o falté contra su honor.
¡Hable ella de su pudor,
pues reo me han hecho en vano!

Pedro el Cruel

Blanca mismo confesó
que hacia ti profesa amor,
fe que no te hace favor!
Tu defensa terminó.
¡A muerte te condeno yo!
Aguinaldo es tu cabeza

que la ofensa profirió,
contra quien me la pidió.
¿Prostituta mi princesa?
¡Fatal afrenta fuera esa!

Fadrique

Rey Pedro sois un Caín.
¡Fratricida, daisme fin!

Los verdugos subyugan a Don Fadrique, y entre ellos Juan Pérez de Rebolledo lo degüella con su espada. Pedro el Cruel envía la cabeza del Maestre de Santiago sobre una fuente de oro a su amante, Doña María de Padilla.

María de Padilla

Aquí me la pagas hombre
traidor y vil villano,
para mi no tenías nombre,
sino puta de tu hermano!

NARRADOR: María de Padilla le abofetea el rostro al degollado, arrastra su cabeza que tiene asida por los cabellos y se la tira a unos perros. Un gran alano, con el que el Maestre cazaba osos, reconoce la testa de su dueño y se la lleva suspendida de sus fauces. Corre y se la trae frente a una cruz consagrada en los jardines y con sus garras cava un hueco, donde la entierra. Después ladra y aúlla desesperado.

Escena Novena

La Guerra de los Pedros.

En la villa de Cariñena

Pedro IV de Aragón

Lo que en tres y más centurias
no ha perdido mi corona:
¿Tarazona y Barcelona,
entre furias y penurias,
ante ambiciones espurias,

vamos acaso a ceder?
¿No vamos a defender
nuestro fuerte, Zaragoza?
¡Si Pedro el Cruel nos acosa,
lo tenemos que vencer!

Coro de Soldados de Cariñena

De Zaragoza dintel,
es Cariñena. Pues no pasa,
ni sus límites rebasa,
el castellano tropel,
del ruinoso Pedro el Cruel.
Tus soldados, bien armados,
a batallar surtirán.
Pétreos, bien acantilados,
estos muros encumbrados,
su embate resistirán.

Pedro IV de Aragón

¡Bien! En vosotros confío.
Me fío en vuestro valor
y denuedo luchador.
Hacia otros fuertes me avío,
a dar cor a su furor.

Coro de Soldados de Cariñena

¡Que viva el rey de Aragón!
Que en nuestro valor se fía.
Dios salve su valentía,
su esforzado corazón.
¡Dios le dé su bendición!

NARRADOR: El Rey Pedro IV de Aragón parte con su séquito y Cariñena queda abandonada a su suerte. Aparece el ejército de Pedro el Cruel.

Pedro el Cruel

¡Ríndete a mí Cariñena

o tumbaré tus murallas,
cruzaré pozos y vallas
y, por traición, la condena,
ha de ser terrible pena!

Coro de Soldados de Cariñena

Somos puerta de Aragón,
que te prohibimos pasar.
Entra y te hemos de matar.
No eres rey, sino ladrón
fiera feroz, cruel león.
Sangrientas vense tus fauces.
Por los males que nos causes,
Dios te ha de castigar.
¡Ígneos, infernales cauces,
anda en ellos a bogar!

Las tropas de Pedro el Cruel rodean la ciudad, escalan las murallas, y penetran en Cariñena a sangre y fuego.

Pedro el Cruel

¡Cariñena estás vencida,
quemada la vil ciudad!
Por traición y maldad,
por tu ofensa regicida,
una pena que coincida,
con, del crimen, gravedad,
quiero daros en verdad:
¡Que se os corten las narices,
Cariñenos infelices,
como marca de ruindad!

Los soldados de Pedro el Cruel ponen en fila a sobrevivientes, hombres mujeres y niños, y, uno por uno, entre lamentos y ayes, les cortan a todos las narices.

**Coro de Cariñenos
(desnarigados y sangrantes)**

Como marca de ruindad
Cruel, me habéis desnarigado.
¡Vedme feo y desangrado!
Mas, sabed, Posteridad,
me habréis de dar salvedad:
Cariñena en su escudo,
de la nariz, embudo,
ha de hacer signo de honor.
¡Nos valga este dolor,
de gloria, para el saludo!

El Coro de Cariñenos repite este cántico varias veces, mientras el escenario se oscurece....

Escena Décima

La Desgracia de María Coronel

NARRADOR: El rey Don Pedro llega a Tarragona donde se le presenta la hija del finado Don Alfonso Fernández Coronel, Señor de Montalbán y Medina Sidonia, Doña María Coronel, quien acude a Tarragona a pedir de Pedro el Cruel el indulto para su esposo el Infante de la Cerda, quien por defender el honor de su cuñada Doña Aldonsa Coronel, acosada por el rey, se levantara en armas y fuera derrotado y condenado a muerte por decapitación.

María Coronel
Gran rey Pedro, yo a tus pies
clemencia vengo a invocar.
¡Mi esposo quiero salvar!
De honor, por testarudez,
sufrió su suerte un revez.
Rey Pedro amable, recuerda,
Juan Alfonso de la Cerda
contra vos se rebeló,
mas mucho se arrepintió
a que su cabeza pierda...

Pedro el Cruel

Os compadezco señora,
porque mucho habéis sufrido;
vuestro padre habéis perdido,
quien, rebelde en mala hora,
ya en el purgatorio mora.
El infante vuestro esposo
es un noble revoltoso
al que debo castigar.
Mas ante vuestro rogar,
al verdugo doy reposo.
Vuestras lágrimas me duelen,
vuestro llanto me contiene.
Tal que los Pegasos suelen,
vuestros corceles que vuelen,
porque el tiempo corto viene.
Ya en Sevilla su baldón
anuncia su punición.
Esta carta de perdón
lleva de mi anillo, el sello.
¡Id y salvadlo con ello!

NARRADOR: Doña María Coronel parte de inmediato hacia Sevilla, pero cuando llega, encuentra que su esposo Juan Alfonso de la Cerda ya ha sido ajusticiado.

Escena Décima Primera

Asesinato de la Princesa Doña Blanca de Borbón

En el alcázar de Medina Sidonia

Doña Blanca de Borbón

¡Oh! Qué bello este jardín.
Naranjos de este confín,
se cubren con azahares,
caracolas de los mares,
que aroma emanan sin fin.
Mía es mucha desventura,
pero mi alma se aventura

a soñar un buen final:
Santo Cielo dime ¿Cuál
debe ser mi conjetura?

*La princesa se pasea con un ramillete de azahares entre
manos...*

Juan Pérez de Rebolledo

(Escondido detrás de un seto florido y en aparte)

¡Señora puedo deciros,
que el demonio me ha enviado
saetearte en el costado!
Pues, en caprichosos giros,
Don Pedro me manda heriros.
Bochorno para el criado,
cumplir con lo encomendado:
¡En ésta primera suerte,
quiera Dios darte la muerte!
Mi dardo mando aguzado...

Doña Blanca de Borbón

(Impactada por la saeta exhala un quejido:)

¡Ah! ¡Ah!

Juan Pérez de Rebolledo

¡Señora, cómo he fallado!
Sufres más que he deseado.
Véngase el segundo intento,
que por fin, mate tu aliento.
¡Dardo vas bien enfilado!

Doña Blanca de Borbón

¡Santo Dios! Segunda herida
llevo en el seno sufrida.
¡Me has matado Pedro el Cruel!
Francia vengue este acto infiel,
con furiosa arremetida....

Doña Blanca de Borbón muere saeteada...

Juan Pérez de Rebolledo

Por la coronaria entrada
la señora traspasada,
de muerte, pasa el dintel.
Te he cumplido, Pedro el Cruel.
¡Seas Parca bien pagada!

Escena Décima Segunda

Excomuni3n del Rey Don Pedro I

En el palacio papal de Aviñ3n

El Papa Inocencio VI

Reyes os he convocado,
desde Francia y Arag3n,
a que veng3is a Aviñ3n,
pues debe ser castigado
el crimen m3s avezado:
El rey Pedro de Castilla,
por su manceba Padilla,
burla a Blanca de Borb3n,
le traspasa el coraz3n
y a mi me afrenta y humilla.

Pedro IV de Arag3n

Gran ofensa, Santidad,
asesinato y ruindad.
Con vuestra venia, la guerra,
ante un rey, que peca y yerra,
se justifica en verdad.

Carlos V de Francia

Ofendido y abusado,
yo soy el m3s agraviado.
Mi reino manda una fuerza,

a que la venganza ejerza,
a que ha sido desafiado.

Enrique Conde de Trastámara

De Castilla, el real fuero,
del que yo soy heredero,
oblígame a combatir
y la ofensa resarcir,
que ha sufrido el mundo entero.
Dejadme capitanear
las huestes. De par en par,
se me abren puertas de España,
que a quien con saña la daña,
quiero pronto derrotar.

Bertrand du Guesclin

Están listos mil señores
a partir de Perpiñán,
todos muy armados van.
Sus soldados seguidores,
de Francia, son los mejores
y han jurado y rejurado
que a Pedro, si excomulgado,
de su reino han de sacar
y que a Enrique en su lugar
quisieran ver coronado.

El Papa Inocencio VI

Asesino consumado,
hombre cruel y despiadado,
el Rey Pedro de Castilla,
gran tirano que la humilla,
¡yo declaro excomulgado!

Los reyes de Francia y Aragón, al igual que Enrique de Trastámara y Bertrand du Guesclin inclinan sus cabezas en señal de aprobación y todos se levantan y salen del augusto lugar.

Escena Décima Tercera

Guerra contra Pedro I por Enrique de Trastámara

NARRADOR: Un ejército de treinta mil guerreros cruza Aragón y entra en Castilla, siguiendo a Enrique de Trastámara y a Bertrand du Guesclin. Se realizará la Coronación de Don Enrique II en Calahorra: Don Enrique habla ante el pueblo castellano que le recibe con “vivas” para él y “muertas” para Don Pedro el Cruel.

Enrique Conde de Trastámara

¿Hasta cuándo soportar
la crueldad de este tirano?
¿No soy su mayor hermano?
¿No me toca a mi reinar,
que deje él de asesinar?
¿En Castilla y Aragón,
Guzmán Ponce de León
acaso es mal apellido?
Bastardo más noble he sido,
que todos, que no lo son.

Mi padre a mí más amó
que a este déspota cruel.
Por su desdén contra él,
por la reina a que ignoró,
Pedro a mi madre mató.
De Natura, por la ley,
debéis proclamarme rey.
Pedro debo exterminar
o por él me hago matar.
¡La Historia lo ha de juzgar!

NARRADOR: El pueblo de Calahorra y la nobleza castellana le respaldan totalmente y en la iglesia catedral, Enrique es

coronado rey y Don Pedro el Cruel, perseguido por el poderoso ejército invasor.

Tercer Acto Escena Décima Cuarta

María de Padilla muere en Sevilla y es sepultada en la Capilla de los Reyes.

En el Alcázar de Sevilla, Pedro el Cruel tiene en sus brazos a María de Padilla que ha muerto.

Pedro el Cruel

Te di jardín de rosas,
y esa fuente cantarina,
alondra que canta y trina;
madreselvas olorosas,
en arcadas silenciosas,
las palmeras embrujadas,
y los esbeltos cipreses,
los nogales y sus nueces,
las hortensias azuladas,
las uvas muy coloradas,
en la viña esmeraldina
y, para la buena cocina,
detrás forjada puerta,
umbría y fresca, una huerta
que riega agua cristalina;
mil naranjos te planté,
cuyo aroma es maravilla;
por ti María Padilla
el Alcázar de Sevilla,
con amor edificué.
Tu me distes alegrías;
conmigo tú caminabas
y las flores deshojabas,
¿me quieres o no? inquirías
a sabiendas lo decías,
que yo a nadie quise más.
La de los negros ojazos,
ahora mueres en mis brazos,

dejándome sólo atrás.
Se acaba hoy mi buena suerte,
y comienza con tu muerte,
mi caída y mi final.
Si, el futuro viene mal.
Tras tu muerte, para verte,
quisiera pronto morir,
mas rey soy, debo vivir.
Sólo sin ti, a la guerra,
mi existencia ya se aferra,
por poder subsistir.

Don Pedro besa a la que fuera su amante y esposa, y la sepulta con gran solemnidad. Parte después porque sus enemigos lo persiguen ya de cerca.

Escena Décima Quinta
La Huída de Don Pedro I hacia Bayona y Burdeos
En el Castillo de la Coruña

Don Pedro el Cruel
Conde Fernán de Castro,
de mi hundimiento, testigo,
vos sois mi último amigo.
Venciéndome va mi hermanastro,
y en ascenso, Marte, su astro.
¿Si quiero prevalecer,
qué me aconsejáis hacer?
Pronto este augusto castillo,
cae bajo su martillo.
¿Quién me puede proteger?

Don Fernán Ruiz de Castro
El gran Príncipe Aquitano,
también Príncipe de Gales,
paliar puede vuestro males.
Hijo de rey, primo hermano,

ha de extenderos la mano.
Id, haceos a la mar,
que en Burdeos ha de estar.
Caballero, el más guerrero,
que ha admirado el mundo entero,
Voto a Dios, os va a ayudar.

Pedro el Cruel

Mis hijas os encomiendo:
Constanza y Beatriz.
Sólo ellas me hacen feliz.
Que seguras son, sabiendo
mi viaje, confiado, emprendo.
¡Ejemplo de lealtad,
de vera y buena amistad,
Fernán, sois para el mundo,
noble y leal, sin segundo.
¡Os honre posteridad!

NARRADOR: Pedro el Cruel, bajo cielo tormentoso y en medio de una borrasca, se embarca para cruzar el Golfo de Vizcaya hacia Bayona y Burdeos.

Escena Décima Sexta

La guerra de Pedro el Cruel y Eduardo Príncipe de Gales contra Enrique II y las Compañías Blancas de du Guesclin.

Don Tello

¡Empecemos la campaña!
No es cosa de vanidad,
ni ambiciosa veleidad.
Hay que salvar a España
de Don Pedro y su guadaña.
Ha sembrado con la muerte
y a su paso sangre vierte
de Gascuña a Cataluña.
Su diabólica pezuña,
ya en la Rioja pisa fuerte.

Don Enrique II de Trastámara

De Don Pedro las crueldades
las estudiadas maldades,
inauditas y monstruosas,
en las cristianas edades,
son injustas y espantosas:
A Fadrique, mi gemelo,
mátale en crudo flagelo,
y da al noble Garcilaso
el mortal espaldarazo,
de la iglesia, en sacro suelo.

Y a las puertas de Aragón,
en Villa de Cariñena
las narices les cercena
en castigo y punición,
a toda la población.
¿Es éste un rey piadoso,
justo y misericordioso?
¿No es Pedro, perro rabioso,
tirano loco y feroz?
¡Malo y cruel es ante Dios!

En dondequiera que esté,
si es que él antes no nos halla,
vamos a darle batalla.
Francia sus tropas nos de,
que el Inglés con él ya fue.
Sé que el Príncipe de Gales
que en guerra no tiene iguales,
ha traído sus arqueros,
y sus recios caballeros,
a causar torvos males.

Ya vuelve Mosén Beltrán,
de Francia mejor guerrero
y presentároslo quiero:

En batalla es un titán,
¡Éste es el gran capitán!

NARRADOR: Reaparece el caballero de estatura casi enana, en armadura de hierro, al que todos los presentes hacen reverencia.

Bertrand du Guesclin

Mis señores, os saludo:
¡Dios os dé buena salud!
Soy pequeño. Es mi virtud.
A vuestro llamado acudo.
Contra Don Pedro sañudo,
de venganza en el afán,
me enviara el rey Don Juan.
La muerte de Doña Blanca,
justifica hoy guerra franca,
que a darla, mis tropas van.

Escena Décima Séptima

Vísperas de la Batalla de Nájera

NARRADOR: Los Ejércitos se aprontan para la batalla de Nájera.

En los campos de Rioja: En el Encinal de Bañares junto al rio Nájera.

Pedro el Cruel

Mis enemigos unidos
en una gran telaraña,
se han tomado toda España.
Ya habían sido vencidos
y volvieron redivivos:
los piqueros de Aragón,
los jinetes de León,
los peones de Castilla,
y los moros de Melilla,
en traidora conjunción.

Defendiendo mi corona,
y mi muy real persona
muchos hice ajusticiar.
En Nájera, en Tarazona,
volvílos a derrotar.
Mas la suerte de la guerra,
todos los triunfos entierra
y hay que volver a empezar.
Pues tu fama los aterra,
Eduardo, te fui a llamar.

Tantas renombradas veces,
has vencido a los franceses,
que no hay en el mundo dos
que se comparen con vos.
¡Que te veneren, mereces!
Con tu ejército y el mío,
que triunfaremos, confío.
Enrique, el conde bastardo,
para matarlo, me guardo.
¡Que combatamos, ansío!

Eduardo Príncipe de Gales

Don Pedro Rey de Castilla,
amigo y gran caballero,
contigo, victoria espero.
De bastardos, la gavilla,
nos espera ya a una milla.
Castro Urdiales y Vizcaya
de mi Gasuña en la raya,
de inmediato y no después,
pido a cambio, que me des,
cuando vencido los haya.

Pedro el Cruel

De Libourne el gran tratado,
eso tiene estipulado.
Venzamos, Príncipe Eduardo,

que por la victoria ya ardo.
Para batalla han formado:
Vanguardia tiene Beltrán
mandando sus compañías,
Tello las caballerías,
Enrique y Don Sancho están
de retaguardia en el plan.

Eduardo Príncipe de Gales

Yo, al medio, con mis lanceros,
al costado, mis arqueros,
Vos, gran rey, con los mejores,
del triunfo ante los rumores,
venid contra guerreros.
Envolvedlos galopando,
mientras los voy capturando.
Por aquellos que no mate,
han de pagarme rescate.
¡Ataquemos, ahora es cuando!

El rey Don Pedro y el Príncipe Eduardo se aprontan para la gran batalla de Nájera.

Cuarto Acto

Escena Décima Octava

Batalla de Nájera

Enrique II de Trastámara

¡Pedro, con tantos ingleses,
alemanes mercenarios,
y gascones incendiarios,
tres veces más que mereces,
en la guerra te engrandeces!
Los castellanos soldados
y de Francia, mis aliados,
vamos a darte batalla.
¡Y el de minúscula talla,
ya arremete sin cuidados!

Ved mis peones de brega,
con sus ondas, lanzan piedras.
¡Ni te abates, ni te arredras,
castellano, en la refriega!
¡Nadie, de cumplir, reniega!

*Ante el ataque de Eduardo el Príncipe Negro y de Don Pedro I,
las tropas castellanas se sorprenden:*

Coro de Soldados Castellanos

Su potro, azabache fiel,
capitaneando el tropel,
al Príncipe Negro ved:
Sin cuartel y sin merced,
en sangre, él sacia su sed.
Negra su recia armadura,
noche su inmensa figura,
negra de muertes, su lanza,
en medio del campo avanza,
su tan siniestra negrura....

Y en su morcillo corcel,
de grandes bríos y alzada,
blandiendo un hacha acerada,
deja muertos al granel,
intrépido, Pedro el Cruel.

Enrique II de Trastámara

Tal que horrendas granizadas,
vienen las flechas voladas.
¡Adelante! Mano a mano,
usar lanza ya es vano.
¡Blandamos todos espadas!
¿Qué pasa hermano Don Tello,
que has perdido ya el resuello?
¡De pronto has dado la vuelta
y ahora huyes, rienda suelta,

queriendo salvar el cuello!

¡Ah! Maldita cobardía,
perder nos hace el día.
¡Luchemos, avante, avante!
El que caiga, se levante,
¡Seguid la bandera mía!

Eduardo Príncipe de Gales

¡Ya los tenemos rodeados!
Tomad preso a du Guesclin,
su muerte no está en el plan.
A los que huyan, degollados,
quiero verlos recobrados.
¡Son quinientas las cabezas,
que hasta aquí han caído presas!
Para Don Pedro el regalo,
no parece ser tan malo.
¡Vivan las lanzas inglesas!

Don Pedro el Cruel

¿Dónde está el bastardo Enrique?
¡Oro doy al que le ubique!
De nobles, hay más de mil
en este mortal redil.
¡Campana triunfo repique!

NARRADOR: Gran parte del ejército castellano huye derrotado. Los fugitivos tratan de cruzar el puente sobre el río Nájera, pero la mayoría caen muertos a su orilla o se ahogan en él.

Bertrand du Guesclin

He matado casi cien.
Todo en la lucha iba bien,
Pero Tello se ha rajado,
y he terminado rodeado,
¡Que me rindo admito. Amén!

Mosén Beltrán entrega su espada al Príncipe de Gales.

Pedro el Cruel

Triunfamos Príncipe Eduardo,
¡Toca ahora castigar!
Du Guesclin quiero matar.
De vuestro amparo y resguardo,
entregadlo sin retardo,
que es enemigo fatal.
Ya ha hecho bastante mal
este mercenario ruin.
¡Debemos ponerle fin
al principal criminal!

Eduardo Príncipe de Gales

Este enanillo bretón
va a valerme cien mil francos.
Y aunque se pusiere zancos,
o galopare en león,
su amenaza es ilusión.
Más vale vivo, que muerto.
Y así, Don Pedro, os advierto
que los nobles prisioneros
se rescatan por dineros,
que resarcen lo que invierto.
Y os baste como castigo
de vuestro odiado enemigo,
de ahogados, el millar,
que en el Nájera flotar
ha visto más de un testigo...

En el otro lado del campo de batalla, Enrique II de Trastámara se lamenta:

Enrique II de Trastámara

En el suelo veo caída,
mi bandera, ya vencida...

Huyendo a Nájera van.
Se ha entregado Don Beltrán.
¡La batalla está perdida!
Hastiado el sol, ya se oculta...
Si la fuga me resulta,
Guerra has de ser reemprendida.
¡Francia dame tu acogida
y entre tus frondas me oculta!

Enrique de Trastámara huye a galope hacia Francia.

Escena Décima Novena Maldición al rey Don Pedro

NARRADOR: De vuelta de Nájera en Andalucía, el rey Don Pedro ha salido de caza por los campos de Jerez. Ha llegado con su comitiva frente a una plácida laguna. Entre las totoras, los nenúfares y los lirios observa una garza que se levanta en vuelo. El rey le lanza un dardo, mas para su sorpresa, del cielo cae abatido un halcón real que liberaran sus cetreros. Es un signo de mal agüero. La garza en cambio sigue remontándose en su vuelo hasta llegar al cenit, de donde de pronto se desprende un negro fardo que baja a tierra frente al caballo que jinetea el rey Don Pedro. De entre el fardo aparece un niño pastor harto espantoso: Está gimiendo y llorando. Es feo y sucio. Lleva la cabeza desgredada y los pies llenos de abrojos. Esta cubierto de vello, en una mano lleva una serpiente y en la otra trae un puñal ensangrentado. Al hombro porta una mortaja y lleva una calavera colgada al cuello. Junto a él se eriza un galgo negro que aúlla lastimero. Entre el llanto, el pastorcito clama ante el rey:

Pastorcito

Rey don Pedro morirás
pues premiaste a los peores
y mataste a los mejores...
Tú a Dios cuentas le darás
que dijo: “No matarás”.

Mancha la sangre tu mano:
Fuiste el justiciero aciago
del Maestro de Santiago:
De celos, esclavo insano,
mataste a tu propio hermano!

Por darte un sabio recado
para tu feliz reinado,
a tu madre desterraste
y a Doña Blanca encerraste,
a la que has asesinado.
Si tornabas a quererla,
con buenos ojos a verla,
Dios te daba un heredero.
Hasta tu día postrero,
su venganza has de temerla.

Pues tu hermano Don Enrique
tu reino ha de heredar.
Tus hijas van a emigrar.
Tu linaje se irá a pique;
mal te van a apuñalear.
Tu casa será el infierno,
tu castigo será eterno;
la culebra y el lebre, l,
que te guíen al averno,
te regalo, Pedro el Cruel.

NARRADOR: Dichas estas profecías, el pastor se adentra en las totoras y los lirios y desaparece entre los nenúfares. El rey manda coger en su trailla al perro y apresar la serpiente en una cesta.

Pedro el Cruel

Del demonio es esta obra
con que impone la zozobra,
pues nos quiere amedrentar.
¡Dios me quiso coronar

y con óleo consagrar!
La justicia que yo dicto
y la espada con que invicto
me ve España batallar,
todos deben respetar.
¡Vamos de vuelta a cazar!

Escena Vigésima

Enrique II reinicia la Guerra Fratricida

NARRADOR: Enrique II retorna a Castilla en plan de guerra. De vuelta desde Francia y Aragón, con siete mil soldados y mil caballeros, ante los muros de Burgos, jinete sobre un tordillo, el pretendiente al trono exclama:

Enrique II de Trastámara

Vuelvo a tus tierras, Castilla,
río arriba por el Ebro.
Con un brindis lo celebro,
en lo alto de mi silla,
de Burgos, ante la villa.
Contra Pedro, el opresor,
vengo de libertador.
¿Qué me decís burgaleses?
¡Os libero ya tres veces!
¿No es esto prueba de amor?

Vamos conmigo a León
y, más tarde, hasta Toledo,
que, en la guerra, estarse quedo,
es indigna deserción.
El valiente corazón
medra y crece con la lucha;
cuando el clarín escucha,
que invita a confrontación,
brinca de satisfacción.

Coro de Burgaleses

Vamos contigo a León
y, después, hasta Toledo,
que en la guerra estarse quedo
es indigna deserción.

El valiente corazón
crece y medra con la lucha;
cuando el clarín escucha
que anuncia conflagración,
salta de satisfacción.

Te queremos Rey Enrique,
el de las grandes mercedes,
pues, en guerra, nunca cedés.
Pique su caballo, pique,
y la fila espuela aplique,
quien por él entra en batalla,
que a su palabra no falla
de vencer, y vencer
o por ello perecer,
si ansiado triunfo no halla.

NARRADOR: Burgos recibe a Enrique II con grandes fiestas y le secunda en su guerra de liberación de la tiranía de Don Pedro el Cruel.

Escena Vigésima Primera

El Sacrificio de María Coronel y la Marcha de Pedro el Cruel por Despeñaperros hacia Montiel.

NARRADOR: En el alcázar de Sevilla, en la corte del rey Don Pedro, todos celebran una fiesta. Entre las convidadas se encuentra la noble viuda Doña María Coronel que asiste obligada por su alcurnia y el deseo que el rey Don Pedro le devuelva los señoríos perdidos por su padre y por su esposo, ambos condenados a muerte por rebeldía contra él. Se escucha el tararear de castañuelas, el sonido de las flautas, los timbales, las panderetas y hasta de las campanas. El rey se

encuentra muy feliz por sus triunfos militares contra Aragón, Francia y su hermano bastardo, el Conde de Trastámara, pretendiente al trono, coronado ya en Calahorra, pero derrotado en Nájera dos veces.

El rey codicia a Doña María y la quiere gozar. En un imprevisto momento la encuentra en el comedor, donde los cocineros preparan las viandas y las están friendo en tinajas de aceite de oliva.

Pedro el Cruel

Hermosísima María
encontrarte es mi alegría.
Admirable es tu elegancia,
tu nobleza, y tu prestancia.
Bendigo mi suerte hoy día.

María Coronel

Ve rey esta desdichada,
tu perdón no valió nada.
Cuando a Sevilla he llegado
mi esposo decapitado
y su cabeza empalada,
frente a la Giralda estaba.
La desgracia me mataba.
Si ahora me encuentras viva,
es que muerte me es esquiva
y de vivir soy la esclava.

Pedro el Cruel

Pídeme lo que tu quieras
para resarcirte el mal.
Tu deseo es imperial.
Yo te admiro muy de veras
y te sirvo sin fronteras.
Bella María admirada,
déjame que te acometa,
que ese deleite es mi meta.
Del derecho de pernada,

señora, no estás librada.

María Coronel

Eres loco impertinente
y yo soy viuda doliente.
Por dañaros el deleite,
me baño en hirviente aceite.
¡Mi rostro, ardor reviente!

María Coronel vierte sobre su cabeza una tinaja de aceite hirviente y queda totalmente desfigurada. La corte entera exhala un quejido de pena y horror.

Pedro el Cruel

¡Bendita sea esta loca,
que se ha hecho santa maldad!
Devolvamos su heredad.
Lo de su padre le toca,
de su esposo, propiedad.
Sirva su rostro de ejemplo
de virginal santidad.
¡Sevillanos en el templo
su memoria consagrad!

NARRADOR: **María Coronel funda con su hermana Aldonsa el convento de Santa Inés, siendo su primera abadesa, hasta su muerte a los setenta y cinco años. Enterrada en medio del coro de la iglesia del convento, su cuerpo incorrupto se venera piadosamente en Sevilla cada dos de diciembre, tras una urna de cristal.**

No acaba el rey de hablar, cuando aparece con estruendo un importante mensajero:

Mensajero

Os beso, mi rey, los pies
y os advierto, que Toledo,
de donde vengo y procedo,

sitiada por rebeldes es.
¡Ya asaltada, veces diez!
La sufrida judería
teme saqueo y sangría.
Os piden vengas salvar
la villa que os sabe amar
en la meseta sombría.

Pedro el Cruel

¿Quiénes son los que la acosan?
¿Soldados aragoneses,
y navarros y franceses?
¡Cuando mis armas reposan,
son Trastámaras, los que osan
la gran Toledo asediar!
Si, los voy a castigar.
En sangre han bañado España.
Quid pro quo, con igual saña,
yo los voy a exterminar.

El rey moro de Granada
me asista con su mesnada.
¡Empuñemos nuestros hierros!
No en vano Despeñaperros
con tal nombre sea honrada...

NARRADOR: Pedro el Cruel viste su armadura de hierro y, rodeado de sus compañeros de armas, emprende el camino hacia Toledo con un gran ejército.

Escena Vigésima Segunda

La Batalla de Montiel y la Muerte de Pedro el cruel.

En los campos de la Mancha...

Bertrand du Guesclin

Ya me avisan mis espías,
que el monarca Pedro el Cruel

va camino de Montiel.
En marcha de pocos días,
estaremos sobre él.

Enrique de Trastámara

¡Nuestros recios castellanos
a sus finos cortesanos,
van a molerles los huesos!

Bertrand du Guesclin

¡Les majaremos los sesos,
con la Tizona a dos manos,
a los moros, los cristianos!
Unos, de otros, van lejanos:
el rey que va a la vanguardia,
del grueso y la retaguardia.
¡Aprovechémoslo ufanos!
Con ejército compacto
lo atacamos en el acto.
Sus retrasadas legiones,
con las bélicas acciones,
no van a tener contacto.

NARRADOR: Pedro el Cruel es sorprendido por los jinetes de las compañías de du Guesclin y no puede presentar batalla campal. Ante el ataque intempestivo, la derrota de sus tropas y la gran matanza que le sigue, Don Pedro tiene que refugiarse en el castillo de Montiel. Con él va siempre su negro perro lebrel.

Pedro el Cruel

¡Milagro que hemos entrado
en este fuerte encumbrado!
Mas sin agua, ni vituallas,
de nada sirven murallas,
con que estoy emparedado.
Esperemos que anochezca,
y duerma la soldadesca,

que rodeados nos mantiene.
Si, al paso, no nos detiene,
huiremos cuando amanezca.

NARRADOR: El Castillo de Montiel tiene una sola salida. Bègue de Vilaines, capitán de las Compañías de du Guesclin vigila y guarda esa vía de escape. Don Pedro, Don Fernán Ruiz de Castro, los caballeros ingleses Ralph Helme, James Rolland y otros más, en suma doce, pasada la media noche tratan de cruzar desapercibidos...

Bègue de Vilaines

¿De Montiel castillo y peña,
quién pasa sin santo y seña?
Ríndase o dése por muerto,
que este paso no está abierto.
¡En ello mi honor se empeña!

Pedro el Cruel

¡Nos cataron, maldición!
Soy Don Pedro, el Justiciero,
que vuestra merced requiero,
o muero sin salvación.
¡Tened, pues, mi rendición!
A Don Bertrand du Guesclin,
mis proposiciones van,
que en lugar de que me mate,
pueda pagarle rescate,
tal que rescatado le han.

NARRADOR: Bègue de Vilaines lleva preso a Don Pedro y sus compañeros a la tienda de campaña de Don Yon Laconet en espera de du Guesclin. Al poco rato aparece Don Enrique II de Trastámara acompañado del Conde Roquebertin.

Enrique II de Trastámara

¿Judío hideputa vil,
cuál eres, Don Pedro Gil?

Pedro el Cruel

¡Yo, el legítimo monarca,
bastardo canalla y carca!

Enrique II de Trastámara

¡Mandaste a matar mi madre,
y aunque hijos del mismo padre,
hoy muere uno de los dos!

Pedro el Cruel

Quien en el sepulcro cuadre,
gran bastardo, seréis vos.
Que soy por divina ley,
de Castilla único rey.
¡Oh, mísero usurpador!

Enrique II de Trastámara

Para que pueda heredarte,
tus corona y estandarte,
muere pues rey y señor!

NARRADOR: Enrique II y Pedro el Cruel se atacan frontalmente, y en feroz lucha, caen al suelo. Finalmente Don Enrique clava su puñal en el rostro de Don Pedro que queda inerme y malherido....

Al mismo tiempo mueren sus dos guardias ingleses Ralph Helme y James Rolland a manos de Roquebertin y Bègue de Vilaines.

Pedro el Cruel

Tuerto estoy y feneciente,
júrame, infame pariente,
mis hijas vais respetar,
con reyes vaslas casar,
¡Júralo solemnemente!

Enrique II de Trastámara

Muere hermano dulcemente,
que mi palabra te doy
que son mis hijas desde hoy.
Cruel fuiste, mas qué valiente...
¡La Historia, tu gloria aliente!

NARRADOR: El rey Don Pedro el Cruel muere... Su cabeza degollada es exhibida en una jaula a la puerta del castillo de Montiel. En un barroto de la jaula se enrosca una serpiente. Y en el suelo bajo la jaula está tendido su negro lebrel.

Fin de la obra

El Rey Don Pedro el Cruel

Tragedia en Cuatro Actos por Santiago Sevilla

Breve Estudio del Tema

Esta obra de teatro persigue describir dramáticamente la peculiar tragedia de Don Pedro el Cruel. Hijo de Alfonso XI, un rey muy valeroso en la Reconquista contra los árabes, y de la reina María de Portugal, enfrenta este personaje de fuerte carácter, desde que hereda la corona muy joven aún, de apenas diecisiete años, la oposición capitaneada por su hermano bastardo, el Conde Enrique de Trastámara, pretendiente al trono. El odio entre sus respectivas madres precipita la desgracia y la guerra. La reina María de Portugal se venga de la amante de su esposo, Doña Leonor de Guzmán Ponce de León, mandándola a matar en forma por demás inclemente, aporreada, para que sufra.

Después, en contra de toda prudencia, Don Pedro maltrata a su prometida esposa, sobrina del rey Juan de Francia, Doña Blanca de Borbón. Al no recibir completa su dote, el Rey Pedro la desprecia y si bien se casa formalmente con ella, la abandona de inmediato. El pueblo de Toledo y los hermanastros de Don Pedro apoyan a la reina, pero ella es confinada y después de un largo tiempo asesinada. Hay versiones de que fuera envenenada o de que fuera saeteada por el balletero Pérez de Rebolledo. Este crimen inspirado por Don Pedro suscita condena en Castilla y

Aragón. Peor aun, en Francia, esta afrenta obliga al rey Carlos V de Francia a enviar tropas en respaldo de Don Enrique de Trastámara bajo el mando del gran militar y Condestable de Francia, “Mosén” Bertrand du Guesclin. Los Papas en Aviñón, primero Clemente VI, después Inocencio VI y por último Clemente VII, todos condenan a Don Pedro y lo excomulgan. El Rey de Aragón, Don Pedro el Ceremonioso, mantiene por muchos años la guerra contra Don Pedro el Cruel y apoya y reconoce a Enrique de Trastámara como pretendiente al trono y más tarde como Rey de Castilla, legitimado y reconocido también por el Papa. Pero Don Pedro el Cruel triunfa en muchas batallas contra Aragón y, defendiendo su corona legítima, comete incontables ajusticiamientos y atrocidades. Mata al gemelo de Enrique de Trastámara, Don Fadrique, maestre de la Orden de Santiago. Asesina al noble Garcilaso y sus caballeros e infanzones en una iglesia; por escarmiento, manda amputar las narices de todos los habitantes de Cariñena, una villa cercana a Zaragoza, que luchó heroicamente en defensa de Aragón. Ama Don Pedro solamente a María de Padilla aunque por conveniencia se case también con Doña Juana de Castro, hermana de su amigo Don Fernando Ruiz de Castro III Conde de Lemos. María de Padilla muere poco antes que la suerte de la guerra se torne en contra de Don Pedro que pierde territorio ante la invasión de Don Enrique con un ejército francés al mando de Bertrand du Guesclin, asistido por tropas rebeldes castellanasy aragonesas. Huye por la Coruña hasta Bayona y Burdeos, donde obtiene el respaldo del invencible Príncipe Eduardo de Gales, triunfador en Poitiers contra el rey Juan de Francia, a quien toma preso y libera, más tarde, contra un inmenso rescate. En la gran batalla de Nájera, el ejército del Príncipe de Gales y de Don Pedro el Cruel, derrota a du Guesclin y a Don Enrique II. Las fuentes principales que detallan admirablemente los sucesos de este tiempo son La Crónica del rey Don Pedro escrita por el magistral Don Pero López de Ayala, testigo castellano de los hechos, y Jean de Froissart, insigne autor Flamenco, que acompañó al Príncipe Eduardo de Gales en sus guerras, y fue asimismo testigo presencial. Ambos autores coinciden en la mayoría de sus aseveraciones históricas, aunque difieren en cuanto a los sucesos finales de Montiel, en ciertos

detalles secundarios. Merece para mí más fe Froissart en cuanto a que Don Pedro salió del Castillo de Montiel por que no tenía vituallas y cayó preso de los sitiadores, y fue engañado en cuanto a que no se aceptó que fuera rescatado, como él proponía, sino que fue muerto en un enfrentamiento con su hermanastro Don Enrique II, con quien se odiaban fatalmente. Esta obra de teatro, una tragedia verdadera, porque Don Pedro fue víctima de un destino que predeterminó su mala suerte y su crueldad inusitada, centra la acción en este asunto, sin entrar en todo el sinnúmero de hechos y circunstancias de su largo reinado entre 1350 y 1369, su gran guerra territorial contra Pedro IV de Aragón, sino, que sigue, paso a paso, su lucha y guerra personal contra su hermano ilegítimo Enrique de Trastámara, su matador y sucesor, lo que en esencia constituye la tragedia de ambos. Siendo breve, la obra cubre el tema en cuidadosa obediencia de la verdad histórica, tal cual la describen las dos famosas crónicas de quienes fueron testigos oculares de la gesta. En cuanto a lo legendario, incluye la profecía del pastor que cayó del cielo en un fardo negro y recoge la muy veraz tradición de la desgracia de Doña María Coronel, que se baña en aceite hirviendo para escapar del acoso sexual de Don Pedro.

La obra ha sido escrita en verso, principalmente en décimas, en el deseo de dar sonoridad a las palabras de los protagonistas. De acuerdo a la necesidad dramática, en contadas veces las décimas no se ajustan totalmente a los cánones clásicos de su rima, pero siempre cuidan de la más perfecta armonía y musicalidad. Es imposible un realismo en la reconstrucción del idioma del siglo XIV, por eso parece ser mejor el idealizarlo poéticamente. El teatro o el cine pueden aprovechar de esta obra para revivir sucesos característicos del Medioevo, de tan peculiar cultura guerrera, feudal y caballeresca. Santiago Sevilla, Autor.

Edad de los personajes de El Rey Don Pedro el Cruel

1. Pedro el Cruel nace 1334 muere 1369
- 2 Enrique II de Trastámara nace 1333 muere 1379

3. Bertrand du Guesclin nace 1320 muere 1380
4. Eduardo Príncipe de Gales nace 1330 muere 1376
5. Alfonso XI de Castilla nace 1311 muere 1350
6. María de Portugal nace 1313 muere 1357
7. Blanca de Borbón nace 1339 muere 1361
8. María de Padilla nace 1335 muere 1361
9. Fadrique de Trastámara nace 1333 muere 1358
10. Tello de Tratámara nace 1337 muere 1370

Puesta en Escena de la tragedia El Rey Don Pedro el Cruel.

1. Al personificar los actores de este drama, es preciso cuidar las relaciones de edad entre ellos. Para lograrlo, es preciso determinar un tiempo o momento en que la obra sucede, olvidando que esta Historia se mueve entre 1350 y 1369.
2. Asumiendo que se concentra la obra en el año 1369, entonces el rey Don Pedro tenía treinta y cinco años de edad.
3. Al tiempo de morir Doña Blanca de Borbón, ella tenía veintidós años.
4. María de Padilla muere a la edad de treinta años, cuando Don Pedro contaba treinta y dos años de edad.
5. Al tiempo de morir de 39 años de edad el rey Alfonso XI, María de Portugal tenía treinta y siete años y el Rey Don Pedro apenas dieciséis años.
6. Don Enrique de Trastámara era una año mayor que el rey Don Pedro, y esta circunstancia le llevó a considerarse heredero del trono por mayorazgo, aunque fuera bastardo.

Todos estos datos obligan a mantener las relaciones de edad en la obra asumiendo unidad de tiempo.

En la primera escena, cuando muere el rey Don Alfonso XI, vale ponerlo en sus verdaderos 39 años.

En la segunda escena, cuando aparece don Pedro, es preciso que aparezca juvenil ante su madre, pero cabe darle a él una edad aparente de hombre hecho y derecho y a su madre la de una matrona madura en sus cuarenta para salvar la unidad de tiempo de la obra.

Blanca de Borbón, cuando conoce a Don Pedro el Cruel, es aún muy tierna para casarse, pues apenas cuenta con doce años. En la obra de teatro conviene tener en cuenta que muere asesinada a la edad de 22 años. Lo crucial es que aparezca menor que Don Pedro en cinco años. Su supuesta seducción por Don Fadrique es tanto más importante por la diferencia de edad, pues Fadrique es hermano gemelo de Don Enrique II y por tanto al tiempo en que la acompañó desde Francia hacia Toledo, él tenía 17 años. En nuestro tiempo cuesta imaginarse estas edades, estas relaciones y esta tragedia entre personas tan jóvenes, pero explica la crudeza de los hechos.

En cuanto a la vestimenta de la segunda mitad del siglo catorce, conviene ilustrarse en pinturas coetáneas, sobre todo de la Italia del tiempo de Petrarca.

En cuanto a las armaduras de hierro y aperos de los caballos de guerra, hay pinturas de las dos batallas principales, la de Nájera y la de Montiel que detallan espléndidamente la apariencia de los caballeros y soldados de aquel tiempo.

Dramatización de la Obra El Rey Don Pedro el Cruel

En cada escena de esta obra, se presentan ciertos momentos de especial dramatismo que merecen destacarse especialmente.

En la primera escena por ejemplo hay tres fuerzas que compiten por captar al espectador: La primera es el afán del rey Alfonso XI de conquistar de los moros la Roca de Gibraltar. La segunda es la amenaza de la peste negra que diezma su ejército. Y la tercera es el amor de las mujeres del rey, su esposa y su amante. Sin embargo al final queda triunfante la impresión de la muerte del propio rey y su vaticinio de las desgracias por venir, cuando exclama:

“A las mujeres que quiero,
la cruda guerra prefiero,
que me tiene preso aquí.
Muy poco a mis hijos vi.
¡La simiente del encono,
desde la cuna, su abono,

entre ellos ya esparcí.”

En la segunda escena, el nuevo rey Don Pedro, ya inicia el camino de la tragedia, cuando consiente en vengar la humillación de su madre Doña María de Portugal:

“ Pronto esa infame Eleanor
ha de sufrir mi rencor.
Y uno a uno, los Guzmanes
he de aperrear con mis canes,
te lo juro por mi honor.”

Pronto, Don Pedro ya pone en marcha el siguiente factor de la tragedia, cuando rechaza a Doña Blanca de Borbón, su muy joven prometida, sobrina del rey Juan de Francia:

“Si tan mal está la cosa,
lo que nos haría un par,
más vale no consumir.
¡Holgaos señora hermosa,
intocada vais, mimosa!”

Más tarde, cuando el asesinato de Doña Blanca de Borbón se consuma, ella, al morir ya anuncia, sus trágicas secuelas.

“¡Santo Dios! Segunda herida
llevo en el seno sufrida.
¡Me has matado, Pedro el Cruel!
Francia vengue este acto infiel,
con furiosa arremetida...”

Acaso el momento de supremo dramatismo en esta obra podría ser la reacción del pueblo de Cariñena al suplicio a que le ha sometido Pedro el Cruel, por su heroica defensa de Aragón:

Coro de Cariñenos (desnarigados y sangrantes)

Como marca de ruindad

Cruel, me habéis desnarigado.
¡Vedme feo y desangrado!
Mas, sabed, Posteridad,
me habrá de dar salvedad:
Cariñena en su escudo,
de la nariz, el embudo,
ha de hacer signo de honor.
¡Nos valga este dolor,
de gloria, para el saludo!

Hay otros muy importantes momentos de gran dramatismo en esta obra, sobre todo aquel que caracteriza a María de Padilla, amada del rey Pedro. Y eso es cuando ella pide la cabeza del Maestre de Santiago, Don Fadrique, hermano gemelo de Don Enrique de Trastámara, por haberla ofendido de palabra, llamándole “puta de su hermano” y Don Pedro el Cruel, le concede este aguinaldo lúgubre por el Día de Reyes. La tradición ha traído hasta nuestros días varios romances que cuentan este espantoso hecho, y en esta obra de teatro esta tradición se revive. Pero más allá del dramatismo de la obra, basado en la Historia y la tradición, conviene destacar el porqué de su redacción versificada y la razón de ser de los coros.

El Castellano de los tiempos de Pedro el Cruel lo podemos leer en la Crónica del Rey Don Pedro, de Pero López de Ayala, insigne prosista y poeta, supremo en su arte de narración. Pero tratar de revivir esa lengua medieval es vano, pues se ha de caer en pedantería y falsificación. Realismo es pues imposible. Por otro lado, la prosa tiene el defecto que su impacto retórico es bastante impredecible, pues obtiene acaso interpretaciones distintas de cada uno de los actores que la dicen. No así la poesía clásica en forma de las estrofas llamadas décimas, con su complejo rimado que posee fuerza hipnótica, y permite ciertas variaciones para resaltar el dramatismo de la frase con el uso de palabras esdrújulas, graves y agudas, rimadas aprovechando del secreto parentesco que tienen muchas palabras entre sí, en nuestro maravilloso idioma, superior al inglés y al alemán en este campo de la musicalidad, sólo comparable con el italiano y el francés en el secreto de sus consonancias. La estrictez del verso limita las

libertades de decir que brinda la prosa, pues obliga por el compás de la métrica, la magia de las aliteraciones y la fuerza avasalladora de la rima, y así logra impedir la fuga de la atención del espectador y éste queda atado al devenir de la obra. La poesía escrita con devoción y cuidado debe ser tan natural como el lenguaje corriente, respetando la lógica gramatical y los preceptos de la prosodia, de modo que el oyente espectador no se resienta y las palabras fluyan con facilidad y claridad. Los versos han sufrido feroces ataques de los escritores que no poseen el don del buen romance, y por eso se ha excluido del teatro moderno a la poesía, no obstante la antiquísima tradición de su empleo en el drama desde la antigua Grecia. Pero en esta obra se vuelve a esa costumbre tan noble. El dramatismo de la obra se acentúa más aún con la aparición de coros que reflejan el ánimo de las mayorías, en la escena y en la audiencia del teatro. El público se impacta mucho con los coros, por que es un fenómeno imperante sobre la psicología de las masas, que posee su peculiar arrastre. En los últimos tiempos, por despreciarse el verso en el teatro, ha tendido a desaparecer el Coro, que tanto usaran dramaturgos griegos como Esquilo y Sófocles, en sus insuperables obras, baste el ejemplo de Prometeo Encadenado o Edipo Rey. El coro ha desaparecido a la par que el verso, porque el primero no marcha sin el segundo. En esta obra se resucitan ambos. Esto exige un cuidado especial de la resonancia de las vocales en la actuación. El actor no debería ni musitar, ni mascullar, sino quiere que se pierda la palabra antes de llegar al oído de la audiencia. La actuación no puede descuidar la claridad del idioma. Por otra parte, no todas las estrofas son iguales en importancia, ni cada verso pesa igual que otro, aunque la métrica y la rima los igualen. El actor tiene que transmitir las diferencias de su importancia y contenido, sin dejarse abrumar por la rima, que de no manejarse con la variedad necesaria puede adormecer. El actor tiene que olvidarse de la versificación y al recitar sólo transmitir los significados, porque el verso se defiende por si sólo por su abrumador poderío que extrae su fuerza del idioma y su insondable profundidad en el tiempo y en el subconsciente. Pedro el Cruel es el rey absoluto, dueño de vidas y haciendas y su justicia feroz, basada en el derecho divino, lo lleva a la perdición.

Esta tragedia es parte fundamental de la Historia de España.
Santiago Sevilla Autor